

Palabra de fin. Muerte y escritura en el *Quijote*

LUÍS PEÑALVER ALHAMBRA

IES Alfonso X El Sabio, Toledo
lpealhambra@yahoo.es

Resumen

Don Quijote, como el hombre moderno, es una elección de sí mismo que se realiza sobre todo mediante la acción del lenguaje: es preciso nombrar de nuevo las cosas para que las cosas cambien. El caballero decide hacerse a sí mismo imitando sus modelos. El modelo de lo real se lo proporciona el Libro: las cosas son reales en la medida que participan de las palabras, y, más exactamente, de la palabras escritas. Pero si de este modo don Quijote transforma el libro en vida, con su muerte acabará la vida transformándose en libro. Muere don Quijote, pero no el *Quijote* colectivo, no el *Quijote* de la escritura que renace con cada lector.

Palabras clave: Don Quijote, muerte, escritura, epopeya, Cervantes, novela moderna.

Abstract

Don Quixote, as the modern man, is a choice of himself, a choice that is made above all by means of the language: it is necessary to name the things again so that the things will change. The knight decides to reinvent himself by copying his models. The model of the real is provided by the Book. Things are real because they are part of the words and more exactly, part of the written words. But if in this way he turns the book into life with his death life will end up being turned into a book. Don Quixote dies but not the collective *Quixote*, not the Quixote of the writing that is born again with each reader.

Keywords: Don Quixote, death, writing, epic poetry, Cervantes, modern novel.

1. “De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte”

Una única palabra vale para resumir la última aventura de don Quijote y, con ella, el final de la novela. Una palabra de fin: VALE. Adiós, en latín. Don Quijote ha tenido que proyectar esta vez su imaginación hacia la muerte. La última batalla de don Quijote se libra en su lecho y en el momento de su *agonía*, vocablo éste que en griego quiere decir contienda. Pero si esta agonía, precisamente la mayor contienda de su vida, trae a otros el delirio y el gemido, a don Quijote le devuelve la sensatez y la paz. Para vivir esta novísima y nunca vista aventura ha tenido que convertirse otra vez en quien nunca dejó de ser, en Alonso Quijano *El Bueno*, el hidalgo manchego que se dispone a recibir su muerte.

-Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno (II,74).

Para poder morir tiene don Quijote que hacerse hombre real. Su muerte ocurre en la novela, es la muerte de un personaje de ficción, pero nos parece asistir al final de la vida de una persona que en realidad ha existido. El profundo realismo de la muerte de Alonso Quijano llama la atención en una novela en la que la muerte, en las contadas ocasiones en las que aparece, suele ser referida, ficticia o puramente literaria (el suicidio por amor de Grisóstomo). Literaria había sido asimismo la muerte del don Quijote de la primera parte, donde se nos da noticia del hallazgo de una caja de plomo con unos pergaminos dentro, “*escritos en letras góticas, pero en versos castellanos*”, entre los cuales los había que hablaban “*de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida*” (I,52). La verdadera muerte de nuestro héroe sólo ocurre al final de la segunda parte, y de manera muy diferente. “El lector queda satisfecho y convencido de la muerte real de este personaje de ficción [...]; la muerte de don Quijote agrega un nivel más a lo real dentro de la ficción, haciendo que don Quijote se convierta, aún más, en un personaje extraordinariamente humanizado, extraordinariamente verosímil”¹. Sólo con esta muerte entra la muerte en el dominio del libro. Es la humanidad tan verosímil y real de don Quijote la que le impele a morir. Don Quijote, que había recogido en su enjuta figura toda la humanidad del mundo, tiene que recibir ahora la muerte. Por fin, y en su fin, el personaje se ha apropiado de esa *verdad* a la que siempre aspiró el narrador de esta verdadera historia. El caballero, al hacerse uno de nosotros, como nosotros ha de morir. Nuestra propia muerte es lo que nos vuelve reales. ¿Y hasta ese momento? Hasta ese momento la vida, la cual tiene tanto de literatura como de vida. Bien lo sabe Sancho: “... y hasta la muerte, todo es vida” (II, 59).

¹ Miguel Correa Mujica, “Sobre la muerte de/en Don Quijote de la Mancha”. *Espéculo*. Revista de estudios literarios. UCM, 1999, nº 11.

Hasta ese momento: *el mundo en que vivimos*, que es el mundo de don Quijote pero también el de todos nosotros y que se parece mucho al cerebro del Caballero de la Triste Figura: un continente a la deriva incesantemente (e insensatamente) desbordado por la literatura, por la imaginación, por el deseo. Ninguna conciencia literaria como la de Cervantes para darse cuenta de que no se puede salir del lenguaje sin salir de la vida. Como don Quijote, pensamos y vivimos en el lenguaje.

Alonso Quijano lee, y al leer va tomando forma la pregunta: ¿quién soy? Soy don Quijote. Don Quijote decide ser don Quijote. Alonso Quijano se propone realizar, mediante su libertad y su acción, aquel ámbito donde ya residía. El lugar donde reside lo humano y en el que tanto la epopeya como la novela se encuentran, no deja nunca de ser ese “entredós”, como lo llama Philippe Sollers, generado por la contradicción entre “lo que son inmediatamente dos”². La locura de don Quijote es sólo un caso extremo de la locura humana que permanece en ese *intervalo* en el que la ficción entra en la realidad y *se hace* realidad sin dejar de ser ficción. Todos los opuestos del *Quijote* (vida y literatura, Alonso Quijano y don Quijote, locura y razón, autor y lector, caballero y escudero) dan esa impresión de verdad porque entran unos en otros sin dejar de estar en oposición. También esos dos que cabalgan juntos por el mismo camino y en el mismo caballo, espalda contra espalda, y que se llaman Vivir y Morir: hasta tal punto entra el uno en el otro sin dejar de ser contrarios que le hacen decir a don Quijote, maltrecho y humillado tras ser pisoteado por los toros en tierras aragonesas, que “yo, Sancho, *nací para vivir muriendo*”. No hay unidad superior: la desbordante humanidad de la novela no ha dejado sitio a Dios. Gracias a que residimos en este *entredós* puede lo leído tomar cuerpo en don Quijote y lo escrito en el lector. La tensión que se vive siempre en este espacio produce lo que somos y lo que vamos siendo. También produce “el mundo en que se vive”, en expresión de Bataille. Por el contrario, el alivio o aflojamiento de esta tensión suele conducir a la melancolía y finalmente a la muerte.

-¡Ay! –respondió Sancho, llorando–: No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía (II,74).

No puede hacer otra cosa don Quijote para poner fin a su historia que dejarse morir. ¿Había otra alternativa? Caer en uno de sus insensatos combates, explica en conocida página Thomas Mann, “hubiera sido pasar, sin belleza, los límites de la burla”; vivir después de haber recuperado la razón “hubiera sido rebajar la figura, la supervivencia de un don Quijote sin alma, prescindiendo de que por razones de

² Sollers, Ph., *La escritura y la experiencia de los límites*. Caracas, Monte Ávila, 1976, p. 143.

defensa literaria no debía seguir entre los vivos”³. Por lo demás, Cervantes amaba demasiado a su personaje para dejarle morir en el desesperado extravío en el que lo había sumido su vergonzosa derrota ante el Caballero de la Blanca Luna. De modo que la única salida era abandonarse a la muerte, convertirse finalmente en Alonso Quijano. Poco antes de caer enfermo de melancolía había decidido desquijotizarse, salir de la ficción para regresar a la “vida”; pero su regreso a esta vida se convierte en el anuncio inmediato de su muerte. Una muerte universal y eterna, desembaraza de su siniestro cortejo. Mientras participaba en la inmortalidad de los libros de caballerías y su yo literario no cesaba de crecer en estatura y en poder, don Quijote seguía siendo la cara de Alonso Quijano que nos quedaba oculta, igual que éste era la cara oculta del esforzado caballero andante. Pero cuando se aproxima la hora última, Alonso Quijano tiene que morir como Alonso Quijano, pues nadie, ni siquiera don Quijote, puede arrebatarse a otro su propio morir, así de irremplazable es la propia muerte. Don Quijote se desmaya y vuelve en sí; pero vuelve convertido en Alonso Quijano.

-Señores –dijo don Quijote-, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fue don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano (II,74).

Ya Platón señalaba la especial vinculación entre la forma de morir y las palabras dichas por el moribundo: “¿Qué es, entonces, lo que dijo el hombre antes de su muerte? ¿Y cómo murió?” (Fedón, 57 a). El hidalgo muere y al morir le otorga a la muerte su presencia: la presencia de la desaparición o, como diría Bataille, del “mundo en que morimos”. A los vivos no les toca sino testar o declarar como testigos de esta desaparición. Al narrador, principalmente, le corresponde convertirse en el secretario de la muerte. «Esto es así, observa John Berger, porque toda historia comienza, indefectiblemente, por el final»⁴, de ahí que (el autor inglés se acuerda de las palabras de Walter Benjamin) el escritor sólo adquiera su autoridad de la muerte. En cierto sentido somos todos, Cide Hamete y Cervantes, Sancho y sus amigos, pero también nosotros, los lectores, los testigos que miran morir.

-Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

Don Quijote se extingue como un hombre real, como un hombre de su tiempo,

³ Mann, T., *Cervantes, Goethe y Freud*. Buenos Aires, Losada, 1943, p. 39.

⁴ Berger, J., *Siempre bienvenidos*. Madrid, Huerga&Fierro, 2004, p. 80.

confesado y únicamente después de hacer testamento. Muere como sabían morir aquellas gentes, en su cama y en público, aunque con simplicidad y de manera apacible, incluso con un cierto alivio. La suya es ejemplo de lo que en la época se considera una *buena muerte*: reconoce los signos de la muerte próxima (incluso poco antes, cuando llega a su aldea, ve en la riña de dos muchachos y en la huida de una liebre agüeros de que no volverá nunca más a ver a Dulcinea) y dispone de tiempo para preparar este trance. Si tuvo la iniciativa de nacer como don Quijote, ahora tiene la iniciativa de morir como Alonso Quijano y de dirigir el ceremonial de su propia muerte. Empezó haciéndose dueño de su vida; ahora debe hacerse dueño de su muerte. Ni él ni sus allegados temen pronunciar su nombre, la palabra de fin. Sólo Sancho es lo bastante loco como para desesperarse ante el desenlace inevitable. A diferencia de lo que ocurre en nuestros días, en los que familiares y médicos procuran ocultar al enfermo la cercanía de la muerte, los amigos de don Quijote no tratan en ningún momento de tranquilizarle quitando gravedad a su estado; por el contrario, le exhortan para que se prepare a morir. Así hace el médico, el cual “*no le contestó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro*” (II, 74). Sin demora (pues ya no le queda más tiempo que perder), había que arreglar las cuentas pendientes y dejar bien atado todo lo que abandonaba en este mundo. Alonso Quijano elige una muerte doméstica, una muerte “domesticada”⁵ Cuando era don Quijote, las cosas andaban a la ventura: todo estaba suelto y todo era posible en el fluctuante mundo de nuestro caballero. Él voluntariamente había abandonado la morada donde dormía tranquilo por una existencia a la intemperie, en continuo peligro de morir fuera, sin otro cobijo que el de la virtualidad de la literatura. Poseído por el delirio de su libertad, don Quijote vivía continuamente expuesto a una muerte repentina, accidental o violenta, esto es a una *mala muerte*; y no porque hubiese olvidado que desde el momento mismo de nacer el hombre está sentenciado a morir, sino porque había elegido morir como sus modelos literarios, heroicamente, como un hombre de armas:

Y esto que ahora quiero decir llévelo en la memoria –le dice don Quijote al mozo que va a la guerra–; que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir; que el peor de todos es la muerte y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte; respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimien-

⁵ Aries, Ph., *Historia de la muerte en Occidente*. Madrid, El Acantilado, 2000, pp. 33-34: “La vieja actitud según la cual la muerte es a la vez familiar, próxima, atenuada e indiferente, se opone demasiado a la nuestra, en virtud de la cual la muerte da miedo hasta el punto de que ya no nos atrevemos a pronunciar su nombre. Por ello llamaré aquí a esa muerte familiar la *muerte domesticada*.”

to humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ¿qué importa? Todo es morir, y acabóse la obra [...] (II,24).

Pasajes como éste han hecho pensar a algún autor en el erasmismo de Cervantes: como soldados de Cristo que habrían leído la *Preparación para la muerte* de Erasmo, caballero y escritor no tendrían por qué temer la muerte súbita: a ellos la muerte nunca les pilla desprevenidos, pues en vez de rezar incesantemente *A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine*, depositando toda su esperanza en la confesión final y plenaria, han hecho su examen de conciencia y se han confesado cada día antes de acostarse⁶. Pero don Quijote no es un verdadero soldado de Cristo sino un cruzado de la novelas de caballería. Lo que nos parece, más bien, es que don Quijote, que había elegido una vida literaria, sólo podía querer una muerte como la que él leía en sus libros. Todo es morir, pero don Quijote y Alonso Quijano no prefieren la misma forma de morir. Alonso Quijano muere en su cama, como exige el ceremonial religioso y la costumbre, apacible y anónimamente, entregando a Dios lo que es de Dios. Don Quijote quiere morir en el campo de batalla, heroicamente, conquistando en su muerte la inmortalidad de la fama, y dando al relato épico de sus gestas lo que sólo a éste pertenece. Como hemos oído recientemente a Fernando Savater, el proyecto de don Quijote (y quizás de todo proyecto moral humano) no estriba tanto en convertirse en inmortal sino en vivir como si mereciese la inmortalidad. La tragedia de don Quijote consiste en que ya no es Héctor ni Aquiles: su valor, su coraje a toda prueba (aunque a veces, de tan humano, dé muestras de flaqueza y se muestre medroso), no provoca ya la complacencia y la admiración de Afrodita o Atenea sino las burlas y las risas de los arrieros. Don Quijote está solo en un mundo del que han huido los dioses y en el que ya no hay aedos para cantar las valerosas gestas. El mundo al que nos abre la epopeya espuria de don Quijote no es el de la parodia sino el de la melancolía. Don Quijote, autor de sí mismo, se encuentra solo como su otro autor, el novelista moderno, y como éste a solas tiene que afrontar la muerte, sin Musas ni alientos divinos, sin otra ayuda que la de la descarnada escritura. ¿En quién delega Cervantes las funciones de la divina Memoria? En Cide Hamete Benengeli, nada menos, el “alter ego” del autor, el único que puede representar la “verdad” de nuestro escritor: como escribe Marthe Robert, “teniendo por fiador un desconocido, un extranjero llegado de quien sabe dónde, un hereje sin fe ni ley, una autoridad irrisoria sin nada en común con la Musa”⁷, el novelista nos dice que, frente al aedo o al escritor cristiano inspirado por

⁶ Sobre el erasmismo de Cervantes, cfr. Bataillon, M., *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. México, FCE, 1979, pp. 781 y ss. Acerca de la *Preparación para la muerte* de Erasmo, ver pp. 558-572.

⁷ Robert, M., *Lo viejo y lo nuevo. De Don Quijote a Franz Kafka*. Caracas, Monte Ávila, 1975, p. 124.

Dios, él es el único fundamento, siempre precario, de sí mismo. La religión le ayuda a morir a Alonso Quijano, un hombre anónimo del pueblo que lleva una existencia anónima: en esto no parece errar Edgar Morin cuando afirma que “la religión es una adaptación que traduce la inadaptación humana a la muerte”⁸. Pero don Quijote no tiene este consuelo: sólo posee sus libros y sus modelos literarios; a semejanza de su “padrastró”, Miguel de Cervantes, el cual no ha encontrado otro refugio que el de la escritura moderna, una inadaptada en sí misma (pues nace del desajuste del sujeto moderno con la realidad), que ha de servirnos para acomodarnos (si fuera posible encontrar algún acomodo en esta situación) a nuestra esencial inadaptación a la muerte.

Alonso Quijano acaba cuando cierra el testamento, pesaroso de que su disparatada vida haya dado la ocasión de que sobre ella se hayan escrito “*tantos y tan grandes disparates*”. Miguel de Cervantes, antes de rendir su último suspiro, se lamenta en la emocionada dedicatoria del *Persiles* al duque Lemos de no disponer de más tiempo para escribir la tantas veces prometida segunda parte de *La Galatea*.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta [dedicatoria del Persiles]. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...

Vivir, para nuestro novelista, significa escribir. El escritor lleva la vida sobre el deseo que tiene de escribir. Nos llena de emoción cómo el agonizante se resiste a abandonar este mundo plagado de historias y relatos por contar. Desde su lecho ve la mesa de trabajo y sobre ella las fructíferas horas que le serán negadas; ante sí tiene su obra inacabada. Es mucho lo que ha escrito, pero aún más lo que le queda por escribir y que la muerte se va a llevar. Su Caballero de la Triste Figura ya no lo necesita, él puede morir para don Quijote, pero ¿qué pasará con los personajes y las aventuras que aún no han nacido?; él podría, le sería tan fácil... “*si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida*”. El agonizante sólo perecería a gusto si pudiese poner fin a todo el torrente narrativo que guarda dentro de sí. Pero la escritura es infinita e infinitas son las historias que contar, y nosotros sólo tenemos una vida. El miércoles 20 de abril se prepara para el inminente choque con la muerte, y concluye dirigiéndose al lector del *Persiles*:

Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mi pulso, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida.

⁸ Morin, E., *L'homme et la mort*. París, 1970.

2. De cómo el mundo ha devenido escritura andante

Ni siquiera se le concedió este plazo. Cervantes desapareció dos días después, el viernes 22 de abril. Don Quijote, a los tres días de hacer testamento. Ahora bien, debemos preguntarnos con Bataille, “¿quién podría desaparecer si junto a él nada continuase apareciendo?” Alonso Quijano se extingue para siempre después de renegar de don Quijote, pero le sobrevive el nombre que para sí había inventado y que, según las instrucciones del cura al escribano, debe constar en el acta de defunción de “*Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha*” (II, 74). No podría desaparecer el hidalgo manchego si a su lado no siguiese apareciendo don Quijote; si junto a él no siguiese apareciendo la escritura. A Dios entrega su alma pero en su testamento a nosotros nos deja su “genio-escritura”. Después de todo ya lo había conseguido una vez: el caballero andante aparece tras la primera desaparición (ocultación) de Alonso Quijano. Ahora tiene el desengañado cincuentón que entregar su alma (quiere decirse lo que lisa y llanamente, sin aspavientos ni grandes rituales religiosos, dice Cervantes: tiene que morir, entregarse al anonimato para descansar confiadamente en los brazos del silencio), tiene que morir definitivamente para que don Quijote resurja para siempre, para que por fin el caballero andante derrote a los molinos del olvido. Así esta muerte se convierte en la victoria final del más afamado caballero de la celeberrima orden de la caballería andante. Todo el afán de don Quijote fue emular a los inmortales caballeros y con su valor conquistar la vida de la fama, enemiga mortal de la melancolía, y hasta el final no lo ha conseguido: no lo ha conseguido hasta que él, don Quijote, que había nacido del deseo de convertir el libro en vida, ha transformado finalmente su vida en libro. Don Quijote vence en el momento mismo en que zozobra y es acorralado y expulsado por la muerte. Vence el yo escrito que se había construido el valeroso caballero. Vence, pues, la literatura. A ella y sólo a ella se consagra nuestro don Quijote. Pero ¿cómo consagrarse a lo que, a cada página y a cada golpe del desventurado manchego, no hace sino revelarse como fracaso? Los castillos que con tan triste obstinación ha levantado el caballero son tan endebles como los del novelista. Cervantes lo ha comprendido muy bien: no solamente su suerte personal como escritor, también la suerte de la literatura misma vive el singular destino de hacer acrobacias sobre el vacío. Pero, cosa curiosa, al perder la literatura (como don Quijote) el suelo, gana sobre éste una perspectiva diferente; da la vuelta a esta realidad que parecía firme y le pone otros ojos, lo que hace que escribir, y leer, sean en último término una forma de hacer frente a lo que significa este mundo (“el mundo en que vivimos”, que es también, aunque sin llegar a coincidir nunca con él, “el mundo en que morimos”). La desaparición del caballero absorbe también al escritor, quien por boca de su pluma se despide del lector, y asimismo a éste, que se había afirmado como lector al extraviarse en los meandros de la novela. Don

Quijote ha entregado la espada; ya sólo queda entregar la pluma, pues armas y letras siempre fueron compañeras en este viaje. Tan compenetrados están el escritor y su personaje, o el lector y don Quijote, que comparten todos una misma suerte y un mismo destino.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno... (II,74)

Pero sabe la pluma, que es la que aquí habla, que nunca llegarán a descansar del todo en la sepultura “*los cansados y ya podridos huesos de don Quijote*”; que éste dejará al hidalgo yacer “*tendido de largo a largo*”, pero que él, el tan inquieto como inmortal caballero, saldrá de la fosa para emprender nuevas jornadas, tantas como lectores emprendan la aventura de leer la novela. Desafiando los fueros de la muerte, don Quijote se ha convertido definitivamente en libro: pero no petrificado en la letra impresa o como estampa de la batalla que queda en suspenso en Puerto Lápice entre don Quijote y el Vizcaíno, sino como lo que llama Platón, refiriéndose a la inmortalidad de los discursos, “genio escritura”. Don Quijote es ahora “alma libro” (*Filebo*, 38e-40a), huella viva capaz de reencontrarse en la memoria del lector y en el acto de la lectura; capaz de retomar lo que es más suyo en el alma de quienes lo reciban, “a fin de responder a su más íntimo vacío”⁹. El vacío de la palabra escrita se parece mucho al de los muertos: sombras sin rostro y sin voz que necesitan del recuerdo de los supervivientes para seguir existiendo. Quizás sea éste el sentido más genuino de la “anámneis” o la rememoración platónica: reaprender, hacer algo propio, apropiarse de la escritura como don Quijote se apropia del mundo de la caballería andante.

Nosotros no podemos apropiarnos del mundo de don Quijote: su mundo no existe en la imaginación de todos, como el de la epopeya y el mito, como en los tiempos antiguos el mundo de los dioses; ni siquiera existe en la mente de los otros personajes de la novela, y mucho menos en la de los lectores de la época en que fue escrita la novela. El universo de don Quijote sólo existe en la cabeza del caballero. Gran metáfora de la soledad del hombre moderno: don Quijote encerrado en su universo imaginario, como Descartes en su *cogito*, de manera que cuando surgen discrepancias entre lo que sus ojos le muestran y lo que sus lecturas le dictan sólo las puede resolver mediante el recurso a un encantador (igual que Descartes justifica su duda metódica mediante la hipótesis del genio maligno). Nosotros, los lectores

⁹ Gabilondo, A., *Mortal de necesidad*. Madrid, Abadía, 2004, p. 27. Gabilondo se acuerda de lo que Platón dice en el *Fedro* (276e-277^a), que “cuando alguien, haciendo uso de la dialéctica y buscando un alma adecuada, planta y siembra palabras con fundamento, capaces de ayudarse a sí mismas y a quien las planta, y que no son estériles, sino portadoras de simientes de las que surgen otras palabras que, en otros caracteres, son canales por donde se transmite, en todo tiempo, esa semilla inmortal que da la felicidad al que la posee en el grado más alto posible para el hombre”.

modernos, no podemos hacer propio el mundo de don Quijote, pero sí podemos apropiarnos de su triste figura. Don Quijote en cierto sentido somos todos nosotros. Don Quijote es el sujeto moderno, ese soberano que se construye a sí mismo y se hace hijo de sus obras, pero que fracasa continuamente, y, lo peor de todo (lo que le condenará de modo irremisible a la melancolía), no podrá ver acabada su obra, pues ésta, que sólo termina en el momento de morir, nunca llega a conocerla. Por eso le sorprende tanto a nuestro héroe que Ginés de Pasamonte, el galeote al que se dispone a liberar, quisiera poner fin a su autobiografía en vida, emulando a los autores de las novelas picarescas. Pero también por esta razón nos gustan tanto los cuentos y las historias, historias como la propia de don Quijote, o como las de los relatos intercalados, sobre todo en la primera parte de la novela, como la historia de Grisóstomo, el pastor que muere de amor por Marcela: parece como si el asistir al ciclo completo de la vida de estos personajes nos compensara de no poder contemplar en su totalidad la nuestra.

El sujeto moderno nace de la afirmación del yo y de la conciencia de la precariedad de esta autoafirmación. No mucho tiempo antes de que Descartes descubra la primera certeza, la certeza del *cogito ergo sum* (existo yo y mis ideas, existo yo como pensamiento, ¿y todo lo demás?, lo demás sigue siendo dudoso), don Quijote se encuentra consigo mismo: “Yo sé quién soy”, le dice al mundo. Antes ha tenido que encerrarse, como Montaigne, en la soledad de su biblioteca. Solo, sin mujer y sin hijos, sin antepasados, con un pasado oscurecido por el más absoluto anonimato, únicamente se tiene a sí mismo. Él es él, él y su biblioteca andante, él y sus lecturas, que no hacen sino concentrarlo más en sí mismo. A falta de libros piadosos, son las novelas de caballerías las que le resolverán las dudas y las que le sacarán de su vida vegetativa. O, como acertadamente escribe Marthe Robert, “cuando lo divino se retira a sus lejanísimas moradas, dejando al hombre lleno de dudas ante las decisiones diarias de la vida, lo *novelesco* se ve conducido a servirle de modelo”¹⁰. También nuestro héroe ha encontrado su criterio de verdad, que no es, como para el filósofo francés, la evidencia de la razón matemática, sino el mundo escrito de sus Amadises. La naturaleza entera se ha convertido en un libro; para Galileo y la ciencia moderna, en un libro escrito en caracteres matemáticos; para don Quijote en un libro de caballerías; para Cervantes, en fin, en la conciencia huérfana y escindida (huérfana de Dios y escindida de la realidad) de la novela moderna como gran metáfora de la existencia. Sin duda hay grandes y profundas similitudes entre la apropiación técnica de la naturaleza por parte de la ciencia moderna, capaz de producir experimentalmente los fenómenos, capaz de conocer, reproducir y finalmente reemplazar los procesos naturales; y la apropiación imaginaria del mundo llevada a cabo por don Quijote, quien, emulando las gestas de sus modelos heroicos, reemplaza los molinos por gigantes y las ventas por castillos. En ambos casos se fabrica la reali-

¹⁰ Robert, M., op. cit., p. 179.

dad a imagen y semejanza de un hombre, el moderno, ensimismado y encerrado en sus propios deseos, como Alonso Quijano en sus lecturas, que necesita sin embargo afirmarse, salir al mundo y que éste lo reconozca. Mediante hazañas técnicas, el científico-ingeniero en su ambición de dominio sobre la naturaleza, obligada a proclamar a su nuevo amo y señor. Mediante gestas de valor en singulares combates, enderezando entuertos y devolviendo la justicia al mundo, don Quijote.

Yo sé quién soy y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías (I, 5).

Don Quijote no sólo es el que es sino, sobre todo, el que puede llegar a ser; o más exactamente, como recalcará Ortega (*Obras*, IV, 400), “el que tiene que llegar a ser”. Se convierte el caballero así en la viva encarnación de esa “verdad poética” de la que hablara Aristóteles y El Pinciano: los héroes se realizan (por sus propias gestas y por las de sus “cronistas”) “*no como ellos fueron, sino como habían de ser*”, según palabras del mismo don Quijote, quien se acuerda aquí de los retratos que de Ulises y Eneas nos dejaron Homero y Virgilio. Por eso, para crearse a sí mismo, tiene que crear también a su propio cronista (al autor anónimo, a Cide o al propio Cervantes). Don Quijote es muy consciente de que, aparte de su realidad histórica, él es una realidad literaria. Pero la diferencia entre nuestro héroe y los héroes de la epopeya consiste en que don Quijote no tiene antepasados memorables sino que nace a partir de sí mismo. El propio Amadís de Gaula es hijo de la hermosa princesa Elisena y del rey Perión de Gaula, y nieto del rey de Bretaña. Don Quijote, en cambio, es un hidalgo cualquiera que vive en un pueblo cualquiera, y hace lo que nunca se atrevería a hacer ninguno de sus modelos heroicos: reescribir su vida, hacer de su sola voluntad su divisa. Con ello —escribe Marthe Robert— “atenta gravemente contra el orden épico, en que el individuo no es hijo de sus obras y no sale nunca del marco inmutable de lo que es”, en claro contraste con nuestro solitario caballero, que ha creado “un mundo del cual él es tanto autor como héroe, al mismo tiempo que único habitante”¹¹. Como la misma escritura moderna (“escribir es un acto de libertad, una elección”, dice Blanchot), don Quijote se convierte en una elección de sí mismo. Pero nuestro héroe no decide vivir la vida como escritor, aunque por la cabeza se le pase la idea de escribir novelas de caballerías: el destino que él mismo ha elegido no le llama a coger la pluma sino la espada; no llevar la vida a la escritura, como hace el escritor, sino trasladar el arte (la literatura) al escenario de la vida, escribiendo con su vida su propio libro. Ahora bien, para elegirse a sí mismo no tiene que mirar hacia el pasado, donde reina una incertidumbre y una oscuridad aún más grandes que en el futuro (“Yo ni sé quien soy ni quien me ha

¹¹ Robert, M., op. cit., p. 154.

dado el ser para qué me lo dio”, se lamenta Andrenio en el *Criticón*, I, 110), sino al porvenir, al terreno de la voluntad y de la acción. Lo importante, una vez más, no es lo que se es o lo que se ha sido sino lo que puede (o quiere) llegar a ser por medio de su libertad y su hacer.

Sábeta, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro (I, 18).

El primer hacer, y quizás el más importante para un hombre que se dispone a llevar la literatura a la vida, es el hacer de poner nombres. Nombrar es la acción creadora por excelencia, en el *Génesis* y en la génesis de don Quijote. La palabra se constituye como el único testimonio de nuestra naturaleza humana. Lo primero que hace don Quijote frente a una realidad en la que no se reconoce es nombrarla, bautizarla. «Por la palabra, el hombre es una metáfora de sí mismo», escribía Octavio Paz en *El arco y la lira*. Don Quijote es una metáfora del hombre en cuanto ser que se ha creado a sí mismo al crear el lenguaje. Es más, la epopeya literaria de don Quijote habla del regreso al tiempo original en que hablar equivalía a crear, vieja ensoñación mágico-poética en la que la cosa se identificaba con el nombre. Pero al mismo tiempo la primera novela, género literario que nace con la modernidad, está hablando de la imposibilidad de este regreso, al haberse colado, entre el hombre y las cosas, o entre el lenguaje y el ser, la conciencia de sí. Don Quijote ignora —o decide ignorar— esta escisión. Si la manera que tenemos de referirnos a una cosa es nombrándola, es porque debe haber una cierta identificación entre la palabra y la cosa: así se explica que nuestro caballero no mueva un dedo sin que antes los nombres pongan cada cosa en su sitio. Nosotros, los lectores, asistimos como testigos al bautismo del que nacerá el nunca visto mundo de don Quijote (más tarde la muerte, la que no tiene nombre, se encargará de desbaratar nombres y máscaras). Como Cervantes, don Quijote es un “raro inventor” de nombres. Importa poco como se llamase antes el hidalgo: Quijada o Quesada, Quijano o Quijana, da igual, cualquier nombre sirve para designar una existencia anónima. Pero si ahora el mundo ha de mudar, y de tal manera que perdure en la memoria de las generaciones venideras, es necesario también mudar los nombres. Ya no sirven los nombres del viejo orden anodino de lo cotidiano en el que no pasaba nada salvo el vacío pasar del tiempo. Ahora bien, encontrar nombres apropiados, apelaciones justas que definan a personas y animales, es tarea difícil y fatigosa. Así, para poner nombre al flaco y viejo rocín, un nombre que se acomodase a su nueva condición de montura de caballero andante, “*después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo*”(I,1). Don Quijote es el nombre que elige para sí mismo, después de ocho

días pensando en uno que fuera de su gusto. Y para la señora de sus pensamientos el de “Dulcinea del Toboso, *porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto*” (I, 1). En el transcurso de la novela elegirá para él otros nuevos que se ajusten a sus nuevas aventuras: Caballero de la Triste Figura, Caballero de los Leones o pastor Quijotiz. Antes de todo ha tenido que anteponerse el honorífico *don*, reservado a personas de categoría superior: él ya no es un pobre hidalgo (y si lo es, lo es en uno de los posibles sentidos etimológicos de este vocablo: *hidalgo*, hijo de sí mismo o de sus obras) sino un caballero, y no cualquiera sino don Quijote. Las cuestiones de linaje importan poco a un hombre cuyo destino ya no está fijado (el hombre moderno no es el hombre medieval, la criatura cuyo puesto en la economía de la Creación está previsto por el plan divino, y si ocupa el centro es para modelarse a su gusto); pero si no se lo ha exigido a él (el linaje), tampoco se lo ha de exigir a Juan Haldudo, vecino de Quintanar, el cual –como advierte Sancho a su amo– es campesino rico y como tal no puede dar palabra de caballero.

Importa eso poco –respondió don Quijote–, que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras (I,4).

Acto éste, el de ponerse el don, tan gratuito como el acto mismo de escribir, también una dádiva que se da graciosamente, puesto que sin demanda se da. Nadie pide a Cervantes escribir, como nadie pide a don Quijote convertirse en don Quijote. El rumbo que habrá de tomar el caballero es tan incierto como el destinatario de la escritura: sale a vagabundear, sin otra meta que la de hacerse merecedor de la vida (y la muerte) que él mismo ha elegido. Rara invención, la de este “raro inventor”. Rara invención asimismo la del inventor de este inventor de nombres: descomunal locura la de Miguel de Cervantes, pues también él quiso darse un nombre y añadir a su patronímico el apellido Saavedra, siendo que su madre se llamaba Leonor de Cortinas: con él deseaba que lo reconocieran en demandas como la que dirigió el 21 de mayo de 1590 al presidente del Consejo de Indias. Demandas que el veterano de Lepanto hacía acompañar de su hoja de servicios, como para indicar que no era hijo de la sangre sino de sus obras. Nadie lo reconoció, sin embargo: como don Quijote, sólo él parecía saber quién era. No sabemos si Miguel de Cervantes Saavedra fue en realidad cristiano nuevo, pero como tal se comportó: vivió con el problema de su identidad, sintiéndose incomprendido en una sociedad en la que no acababa de encontrar su sitio. Por eso no podía estarse quieto: tenía que moverse, de Alcalá a Madrid, Italia, Lepanto, Andalucía, Esquivias, Valladolid, otra vez Madrid; de la ceca a la meca y de la vida a la literatura. La realidad, de la que no dejó palmo sin recorrer, parecía habérsele quedado pequeña: leyó hasta los papeles que encontraba por la calle y exploró todos los géneros literarios. Finalmente

encontró en la escritura la manera de resolver el problema de quién era en realidad. En cambio, a don Quijote la lectura no le llevará a abrazar las letras sino las armas. Ambos salen, sin embargo, a conquistarse a sí mismos. El problema es que crearse la propia identidad, en la literatura, entraña sus riesgos: la obra escrita y publicada es propiedad del autor, pero al mismo tiempo es propiedad de todos y de ninguno, pues en boca de todos anda la escritura, que por esto es escritura andante. Cervantes se da perfecta cuenta de que el sujeto de la escritura siempre será problemático al plantear el *Quijote* en el contexto de una comunidad de autores: los autores anónimos hasta el capítulo VIII de la primera parte, el propio Cervantes, Cide Hamete, el traductor del manuscrito árabe, e incluso el propio Avellaneda, el cual acaba introduciendo sus espurios personajes en el texto de la novela cervantina. Y lo que le pasa al autor le sucede también a don Quijote: que acaban saliéndole dobles literarios y falsos cronistas. La identidad del caballero y de su escudero ha sido desafiada, pues otros quijotes y otros sanchos campean por el mundo, un mundo (el de la escritura) del que parece haberse adueñado la impostura, hasta el punto de obligar a reafirmarse a Sancho: “*soy yo, si no es que me trocaron en la estampa*”. Don Quijote se vuelve más “real” e “histórico” cuando tiene que defender su identidad frente a la de sus suplantadores. Solamente la muerte puede callar a los impostores, de ahí que el cura pida al escribano que levante acta de la defunción de don Quijote para evitar que algún farsante venga a resucitarlo.

Los lectores quedamos “cogidos” de la verdad desatada y compleja de la novela. Alonso Quijano, invención de Cervantes; don Quijote, invención de Alonso Quijano, invención de una invención por tanto. Creación absoluta, ficción de una ficción que acaba haciéndose realidad, hasta tal punto ha conquistado autonomía y se ha hecho real (él, don Quijote, y su inseparable escudero), independizándose del libro y aun del propio Cervantes. La determinación del caballero andante es tal que necesita un espacio real, pero indeterminado y lleno de posibilidades, para realizarse. Si en algo pone todo su empeño Cervantes es en hacer que el personaje que ha creado parezca una persona histórica, presentándose él como un historiador que recopila testimonios y documentos en los Anales de la Mancha acerca de alguien que históricamente existió, pues “*así era la verdad*”, como no se cansa de decir al lector, su fiel cómplice y confidente. Las descripciones realistas de las ventas y los caminos manchegos, la aparición en la novela de personajes históricos (Angulo el Malo, el bandolero catalán Roque Guinart, Avellaneda e incluso “un tal Saavedra”) son recursos de los que se sirve el escritor para dotar de verosimilitud a su personaje. Pero para que la verdad de don Quijote se muestre de veras requiere también de un escenario adecuado, de una tierra de paso, y por tanto de nadie, despoblada y marginada por la que se mueven personajes marginales (galeotes, actores, desesperados de amor, moriscos...). Don Quijote no se proyecta sobre cualquier parte sino sobre la Mancha, tierra de largos caminos y anchos horizontes en los que labrar su

gloria imperecedera (y cuando sale de su patria lo hace para deambular por lugares despoblados y peligrosos como Sierra Morena o las agrestes tierras catalanas plagadas de bandoleros). Y así, igual que puede decirse que la escritura es una extensión del escritor, la Mancha se transforma en extensión del caballero o, lo que viene a ser lo mismo para este delirante inventor de palabras que es don Quijote, en la prolongación natural de su nombre. Ha de hacer, pues, lo que su admirado Amadís de Gaula, el cual no se había contentado con llamarse Amadís a secas y añadió al suyo el nombre de su patria,

... así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella (I, 2).

La comparación con Descartes, una generación más joven que Cervantes, se impone otra vez. El espacio exterior al que va a salir finalmente el yo cartesiano es el espacio rectilíneo y abstracto de Euclides. El paisaje que servirá de fondo y escenario a las andanzas del caballero no parece por cierto menos vacío y abstracto, para que nada ni nadie le distraiga de la empresa de conquistarse a sí mismo, aunque no está trazado con la escuadra y el compás del geómetra, sino que se diría pintado con el oscilante pincel de los sueños: todo es posible en esta tierra llana que habita en la lejanía y donde cada cosa parece vibrar con el fugaz destello del espejismo, de modo que no es difícil aquí encontrarse molinos convertidos en gigantes, rebaños en ejércitos, ríos en océanos, odres en malandrines descomunales o bacías de barbero en yelmos de Mambrino. Don Quijote, al crearse a sí mismo, crea al mismo tiempo el paisaje delirante de su alma. Naturalmente, esta recreación de la realidad no ocurre en el vacío sino que necesita de modelos, y de la imitación para realizarlos. Él decide hacerse a sí mismo, ser original, imitando a sus modelos. El modelo de lo real se lo proporciona el Libro: si las cosas son reales lo son porque participen de las palabras, y más exactamente, de las palabras escritas, las cuales, a su vez, han quedado como huellas o alientos extinguidos de las palabras habladas. Ha tenido que convertirse el esforzado caballero en la copia de un modelo vacío, y en concreto de un modelo (deliberadamente Cervantes elige el de los libros de caballerías en una época en la que habían pasado de moda) convertido en un mecanismo de repetición. Por tanto, en una copia sin modelo y sin otros discípulos que no sean los lectores, sin otro atributo diferente del de su propia locura o extravagancia. De modo que para que el universo quijotesco tenga consistencia, para no crearse a partir de la pura nada, ha tenido que alimentarse de otra nada, aunque rica en simientes: la nada de la escritura. Pero nutrirse, como hace don Quijote, de las páginas de sus libros de caballería, aún más magras que sus propias carnes, y que son eternas variaciones de un mismo tema, es entregarse a la aventura de la repetición sin fin.

[...] a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo como lo había leído (I,2).

Y si, por esos azares de los caminos, lo encontrado llega a discrepar con lo leído, no hay que apurarse: basta con acordarse de esa “*caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan*” (I,25). Los golpes de la realidad lo afianzan en su invención, esto es en sí mismo: “*los cardenales lo hacen Papa*”. Las adversidades del camino no hacen sino aumentar la heroica determinación del caballero. Que la realidad es “*baciyelmo*”, tan oscilante e interpretable como la escritura, eso lo sabe don Quijote: como nos recuerda Américo Castro¹² “el hidalgo sabe que lo visto por la gente posee muchos modos de realidad”, y que “*eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa*”. Pero si las cosas son tan inseguras e inciertas, ¿por qué no interpretarlas de acuerdo con mis deseos? Esta es la decisión que con impecable lógica y plena conciencia toma don Quijote, cuando su fiel escudero Sancho le advierte que está convirtiendo a una ruda aldeana de El Toboso en la sin par Dulcinea. La respuesta de don Quijote no admite réplicas:

Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la alcanza Elena, ni la alcanza Lucrecia [...]. Y diga cada uno lo que quiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos (I, 25).

Pero aunque la obstinación de don Quijote de enfrentarse al mundo lo determine en sí mismo, aunque el caballero haya decidido que entre la representación (o el deseo) y el mundo no debe haber diferencia, a cada paso se encuentra con una realidad que le opone resistencia y abre un abismo entre los nombres y las cosas. No parece importarle gran cosa: a pesar del desencanto, pese a las dificultades para imitar y realizar los grandes ideales, Don Quijote se muestra incapaz de salir de este mundo fluctuante e inconsistente, de ese “yo imagino y nombro como lo deseo”. Únicamente con la muerte le vendrá el desengaño. Descartes, recordémoslo una vez más, sólo pudo salir de sí mismo al mundo exterior mediante la ayuda de un Dios veraz, que no es el Dios religioso sino, como advierte Pascal, “el Dios de los filósofos”, autor de la razón humana y garantía última de la confianza en la razón científico-técnica y su afán de dominio, que lleva a ese hombre que acaba de salir de la tutela teológica medieval a enseñorearse de la naturaleza y del hombre mismo: sueño fáustico lleno de trampas y de peligros del que el hombre contemporáneo aún

¹² Castro, A., *El pensamiento de Cervantes*. Nueva edición ampliada, Barcelona-Madrid, Noguer, 1972, cap. IV.

no ha despertado. Don Quijote solamente puede salir de sí mismo con la ayuda de la muerte: desenlace que ya anticipa el barroco al proclamar la vida como vanidad o como sueño. Don Quijote, que había nacido como elección y posibilidad de sí mismo, que había nacido todo futuro, cae finalmente en la cuenta de que no es sólo el que puede ser sino también el que es. Don Quijote, el esforzado caballero que con la ayuda de su cronista encantador habría querido contar su historia “como había de ser”, para la memoria imperecedera de las generaciones futuras, finalmente tiene que recordarla como en realidad fue. (Y el “encantador”, que ha resultado ser Miguel de Cervantes, tendrá que renunciar a la verdad universal del poeta épico que siempre quiso ser para contar lo sucedido como lo hace el novelista, ateniéndose a su verdad particular.) Al recobrar la cordura Alonso Quijano pierde toda posibilidad de futuro: ya no puede ser don Quijote, mas tampoco aquel hidalgo de pueblo que era antes de su transformación. Sin futuro, Alonso Quijano tiene que morir. Esta muerte encarna para Jorge Guillén “la tragedia de la persona: el ser que no llega a ser quien es”¹³. Pero quizás también en este trance nos encontremos con nuestra postrera posibilidad, con esa posibilidad radical que, al realizarse, nos hace coincidir finalmente con nosotros mismos. Somos lo que podemos llegar a ser, pero también lo que somos. Alonso Quijano contempla su vida a la luz de la muerte y no ve más que locura, la locura de sustraerse a la necesidad invencible de la muerte, la locura de la libertad del ingenioso hidalgo que ha querido ser distinto de lo que es construyéndose una verdadera identidad merecedora de la inmortalidad. Pero los mortales no se merecen otro destino que el de su muerte. Por eso don Quijote quiere pasar el último trance “*de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte*” (II, 74). No hay hazaña ni distinción que parezcan tener valor ante la muerte, “*esa descarnada señora*”, como le dice Sancho a su señor, “*que tiene más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas*” (II,20). En el trance de su muerte la vida aparece como lo que es: sueño, ilusión y locura, y el hombre, como don Quijote, un soñador, un visionario.

Hasta aquí la vida de Alonso Quijano; a partir de aquí la eterna repetición, la repetición de la otra “descarnada”, la escritura: “copia” sin modelo, sin origen (como Marthe Robert nos recuerda, Cervantes tiene interés en aparecer solamente como uno más de los autores que han contado la gesta del héroe de la Mancha, “el último hasta la fecha”), tampoco puede tener fin. No puede morir lo que nunca llegó a estar establecido, lo que permanece tan incierto como el nombre mismo del lugar en que ha nacido nuestro ingenioso hidalgo. Muere don Quijote, pero no el *Quijote* colectivo, no el *Quijote* de la escritura. Sin un pasado determinado que lo fije, sin

¹³ Guillén, J., “Vida y muerte de Alonso Quijano”, en Haley, G. (ed.), *El Quijote. El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, 1987, p. 312.

otro origen ya que no sea el origen mítico de la escritura, la persona escrita de don Quijote ha ingresado en el reino de los mitos, y como mito es todo futuro, posibilidad pura. En el lecho de muerte de nuestro hidalgo, en el mismo lecho en que antaño, durante las largas noches de insomnio, el libro y la vida habían consumado su matrimonio, hogaño consuman su divorcio vida y literatura. Hasta este momento la una había tratado de tomar el camino de la otra. Desde este momento cada una tomará su propio camino: la vida, el camino sin reflujos de la muerte; la literatura, el del eterno retorno, el de la reescritura de todos los lectores-autores del *Quijote*. Una palabra indica este paso, este trance de separación, una palabra de fin. VALE.